

## Un día para ser recordado

Suena el despertador. Pareciera que cada día es el mismo en la vida de Jazmín, como una película repetida.

Parada en la cocina, por servirse un vaso de agua, se acuerda de cuando comenzó el año, y se ve a ella misma, con los ojos llenos de brillo, con una sonrisa enorme y con miles de proyectos y sueños.

Vuelve a la realidad y se ve a sí misma, con los ojos un poco caídos y una mirada perdida. Piensa para sí misma, ¿qué cambió? Soy la misma. ¿Qué pudo haber cambiado de enero a septiembre?

Termina de alistarse para salir a su clase, agarra una manzana que está sobre la mesa, una barrita de cereal por si le da hambre a mitad de la mañana, y sale.

El día pasa, y ya es de tarde. Fue un día normal y corriente, un día que no tendría algo especial para ser recordado.

Terminan las clases, y Jazmín y su amiga Valeria regresan a sus casas. En el camino, Jazmín piensa si decirlo o hacer como si no pasara nada. Como si solo hubiera dos opciones, la primera, simplemente decirlo. O la otra opción, que esas palabras no salgan, y que, al llegar a casa, esas palabras se conviertan en lágrimas.

Pero esa necesidad de decirlo es más fuerte que ella, y las palabras salen, como una confesión, cargada de desahogo.

—Es que, ¿no te parece cansadora la rutina? Días que pasan. Como si solo fueran eso, días. —mientras Jazmín terminaba la frase, su voz se iba apagando — Todo lo que me propuse a principio de año, con mucha suerte, cumplí alguna cosa que otra. Los sueños que antes me parecían alcanzables y cercanos, ahora me parecen que están a kilómetros de distancia. Pareciera que, entre más corro, más se alejan. Hasta a veces, creo que es a propósito.

Y es en ese momento, cuando el tiempo se ralentiza y perdes la noción de dónde estás, cuando no importa lo que ibas a hacer después.

Son esas conversaciones las que transforman. Esas que te hacen hacer clic, de esas que marcan. De esas conversaciones que no quieres olvidar.

Valeria la mira con ojos de ternura y con esa mirada cargada de compasión que te dice sin decirlo “te entiendo, sé lo que se siente”. Una mirada que te abraza, aún sin hacerlo.

—Llegan esos momentos en los que pareciera que estamos remando en un mar de dulce de leche, con dos alfileres. — le contesto Valeria con voz serena y una pizca de simpatía — Que la frustración y la tristeza golpean la puerta y llegan para quedarse. En ese momento, lo más difícil es mirar hacia atrás y ver lo bueno. Ser consciente de que no todo fue igual, que no todo fue gris y que, sí, hubo días soleados, risas que te hacían doler la panza, días en los que, al irte a dormir y mirar el techo, sonreías por todo lo lindo e inesperado que fue.

Cuando Valeria hablaba, Jazmín podía recordar momentos que encajaban a la perfección.

—Lo mejor que tiene el ser humano es la capacidad de recordar, de poder guardar y grabar esos momentos en el corazón. — dijo Jazmín, con una sonrisa en su rostro.

Incluso una conversación de regreso a casa, las cosas más pequeñas y que no les damos la suficiente atención, pueden hacer de un día ordinario uno especial.